

# GACETA MEDICA DE MEXICO

PERIÓDICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

TOMO IV.

MEXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1904.

2ª SERIE.—NUM. 17.

## PATOLOGIA GENERAL.

### LA NOSOLOGIA.

Suelen compararse las ciencias, por la solidaridad de sus diferentes partes, por la dependencia recíproca que entre ellas reina, por la distinta jerarquía de cada una, á un árbol, cuyo tronco, dividiéndose y subdividiéndose en multiplicados ramos sustenta, á modo de follaje, el conjunto de verdades científicas.

Los conocimientos que tienen por tema nuestro cuerpo, y que se coordinan con el propósito de restablecer la salud, curando las enfermedades ó previniéndolas, constituyen, en el dominio del saber, un recinto circunscrito y bien limitado: las ciencias médicas, cuyo conjunto también podría compararse á un árbol.

Y para continuar tan fecunda como sagaz comparación, así como en los árboles suele observarse que en cierta época de la vida del vegetal, un ramo desarrollándose vigoroso y atrayendo hacia él torrentes de savia, parece llamado á dominar á sus congéneres, viviendo á sus expensas y empequeñeciéndolos con su crecimiento, mientras que algún tiempo después el movimiento nutritivo, que se había dirigido hacia él hasta entonces, se desvía, impulsando á otros ramos, y el que primero había sido favorecido desmerece, se detiene en su crecimiento y suele en no pocas ocasiones marchitarse; se observa también en las ciencias que alguna de ellas, ramo favorecido, privilegiado y que parecía destinado á alcanzar gran incremento y medro en cierta época de la evolución científica, decae y se marchita en un período más avanzado del desenvolvimiento del saber.

Limitándonos á las ciencias médicas, y refiriéndonos á su conjunto, recuérdese, en apoyo de lo que acabamos de decir, que hasta el Renacimiento, siglo XVI y principios del XVII, se consideraba la medicina dividida en cuatro

ciencias capitales, á saber: la higiene, que tenía por objeto conservar la salud; la terapéutica, que se proponía curar las enfermedades; la cosmética, cuyo propósito era el embellecimiento del cuerpo; y la macrobiótica, que se proponía prolongar la vida.

En esas épocas de gran entusiasmo y fantasía científica, la cosmética y la macrobiótica eran tenidas en más estima quizá que la higiene y la terapéutica; á la par que la piedra filosofal, buscada con afán por los alquimistas, los sabios devanábanse los sesos para encontrar el elixir de la vida, que hiciese inmortal al hombre, ó al menos le procurase la existencia longeva de los patriarcas. No menos se esforzaban los sabios en encontrar agentes mágicos, que, como las fabulosas aguas de la fuente de Juvencio, diesen al cuerpo humano la frescura de la perpetua juventud, y las artísticas y armoniosas proporciones del Hércules Farnesio, del Apolo del Belvedere, ó de la Venus de Médicis.

Transcurrieron tres siglos, y la cosmética y la macrobiótica, que merecieron ser ensalzadas por el ilustre Canciller Bacon, fueron poco á poco perdiendo importancia hasta el punto que la primera, considerada como de frívolo y vano propósito, ha venido á parar á manos de peluqueros y perfumistas, y que la macrobiótica, después del afamado libro de Hufeland, escrito á fines del siglo XVIII, no ha merecido que ningún investigador serio le consagre sus meditaciones ni su pluma.

Lo que, en el conjunto de las ciencias médicas, pasó con aquellas fantásticas que se propusieron embellecer el cuerpo, y prolongar y aun perpetuar la vida, ha sucedido también, en las secciones que componen la patología general, con la llamada nosología, que otros, quizá con menos buen consejo, llaman nosografía. La agrupación metódica de las enfermedades, su clasificación conforme al método natural, era el propósito que quería realizar. En la segunda mitad del siglo XVIII, y en el primer tercio del

siglo XIX, la nosología llegó á adquirir una importancia capital, dominando y eclipsando las otras divisiones de la misma ciencia; mientras que hoy no hay quien se ocupe de ella, ha dejado de figurar en los tratados didácticos de patología general, y sólo se la menciona en obras monumentales, como la de Bouchard, consagrándole apenas unas diez páginas en el primero de los grandes volúmenes que componen la magistral obra.

Me propongo en el presente trabajo, averiguar por qué ha corrido la Nosología esta suerte; por qué, habiendo entusiasmado hace un siglo á los pensadores médicos, sus temas han ido poco á poco perdiendo importancia, hasta el punto que hoy no hay quien seriamente se ocupe de ellos. Juzgo tal estudio de importancia, pues teniendo la medicina el doble aspecto de arte y de ciencia, si lo que se refiere á los hechos particulares interesa en extremo á su práctica, lo que es relativo al enlace de sus ideas interesa no menos á sus fines científicos.

La Patología es la ciencia de las enfermedades; mas el conocimiento de estas dolencias, dolorosos episodios de nuestra vida que la acaban y amenazan, y en el mayor número de casos le ponen término, no se adquiere de un solo golpe, ni tiene siempre la misma índole; no lo primero, porque el conocimiento de las enfermedades se funda en la observación de los enfermos y surge de ella. Las enfermedades son asociaciones uniformes de síntomas y lesiones sujetas á sucesión también uniforme, y para conocer tales asociaciones se requiere una vasta experiencia. No lo segundo, porque el conocimiento de la enfermedad puede referirse á un caso particular, como sucede por ejemplo en la clínica, á un grupo más ó menos extenso de casos homogéneos; ó lo que es lo mismo, tal conocimiento puede tener diferente grado de generalidad, y, por lo mismo, de abstracción.

De aquí resulta que la Patología, ciencia genérica que estudia las enfermedades, se divide en dos categorías ó especies: la especial ó descriptiva, que estudia las especies morbosas, es decir, el conjunto definido de síntomas y lesiones que simultáneamente se observan en un grupo poco extenso de individuos, y la Patología general que estudia las leyes del estado morbozo, es decir, lo que es común á las enfermedades más diferentes.

La Patología descriptiva es poco abstracta, la Patología general reviste el mayor grado de abstracción que cabe en una ciencia experimental y de observación. La Patología descriptiva es el antecedente forzoso de la general, pues deben compararse primero los casos particulares para poder después comparar entre sí los grupos de casos; la Patología especial estudia las formas morbosas tales como pueden reconocerse casi en su integridad á la cabecera de los enfermos, mientras que la Patología general considera los elementos morbosos, es decir, lo que á través de las enfermedades más diversas puede reconocerse como elemento común á todas ellas.

La neumonía y la viruela, por ejemplo, son especies morbosas, enfermedades ó asociaciones definidas de perturbaciones funcionales y lesiones anatómicas que uniformemente coexisten y se suceden, y pueden reconocerse con la totalidad de sus caracteres en ciertos enfermos, reconocimiento ó identificación que constituye el diagnóstico; pertenecen, por tanto, á la Patología descriptiva ó especial, mientras que el estado febril, común á ambas, no es una enfermedad sino un elemento morbozo común á las enfermedades más variadas, y puede reconocerse ó identificarse en enfermos muy diferentes, sin que esta identificación constituya un diagnóstico. Su estudio pertenece, pues, á la Patología general.

Fué necesario que transcurriera un período de veinte siglos para que los observadores, á fuerza de infinita paciencia, de asimilaciones constantes, de eliminaciones sucesivas, de toques y retoques continuos, llegasen á cumplir de un modo aceptable el programa de la patología especial, es decir, la descripción de las enfermedades, la constitución de las especies morbosas, y al llegar al siglo XVI la patología descriptiva, aunque imperfecta en sus detalles, podía tenerse por trazada en sus grandes líneas, por bosquejada en lo fundamental, por constituida, en fin.

La continuidad de la investigación, la perseverancia en el empeño constituye uno de los buenos lados de la naturaleza humana, que si á veces mal dirigida conduce al error, es en cambio garantía de progreso y adelanto. Apenas, pues, se había dado el primer paso en el sendero patológico, cuando audaces investigadores

quisieron dar un paso más; apenas se habían descrito, si no todas las enfermedades, sí muchas de ellas, cuando se las quiso comparar, para encontrar en esta comparación los elementos del estado morbozo, cuando se las quiso coordinar en un cuadro metódico, en que estuviesen arregladas según el grado é importancia de sus analogías.

Desde entonces data la Nosología, y médicos ilustres aumentaron su justa fama acometiendo la audaz tentativa de clasificar las enfermedades. En 1558, Fernel, una de las grandes figuras del Renacimiento, realizó un primer esfuerzo; dos años después Félix Plater siguió por el mismo camino.

Mas á pesar del ejemplo dado por estos innovadores audaces, ejemplo que despertó el ardor de otros muchos, y multiplicó las tentativas, debe reconocerse que el esfuerzo era prematuro, que la ciencia no estaba aún en sazón; ni la especial, que describe una por una las enfermedades, es decir, la patología descriptiva, ni la ciencia general, la que, estudiando la naturaleza en su conjunto, disciplina el intelecto, ejercitándole en la ruda brega de conocer lo desconocido, de alcanzar la verdad. Bacon y Descartes no acometían aún la reforma filosófica, apenas se distinguían los primeros albores del espíritu moderno, y comenzaba por escaramuzas de vanguardia su prolongada lucha con el espíritu antiguo que aún no termina. Un deseo vivo de innovación se había apoderado de todos los espíritus, pero ni estaban trazadas las nuevas sendas ni acabados los nuevos moldes.

Hasta el siglo siguiente debía realizarse la reforma científica, gracias á los inmortales trabajos y descubrimientos de Galileo, Kepler y Newton.

Más todavía, el siglo XVII no era la época propicia para que las tentativas nosológicas tuviesen probabilidades de ser coronadas por el buen éxito; sabido es que las ciencias se desenvuelven en un orden invariable, que depende de su grado de complicación y de sus relaciones con otras ciencias que les sirven de necesarios preliminares. Ahora bien; la patología es una ciencia de complicación extrema, más complicada aún que la biología misma, de la cual depende y de cuyos progresos y adelantos vive y se nutre. Mas la biología distaba mucho de su constitución en el siglo XVII; no sólo, ni aun

de nombre se la conocía entonces, y lo que pudiera corresponder á ciencia tal se encontraba en el estado rudimentario en que la dejara el genio de Descartes, la fisiología se reducía á un simple mecanismo, cuyos resortes eran los espíritus animales; sólo la anatomía había realizado grandes progresos; por tanto, á pesar del ardor de los patólogos, empeñados á todo trance en fundar una nosología, no permitía el estado de la ciencia que la fundación fuese sólida; la química no existía aún, era la alquimia la que en su lugar reinaba, apenas se contaba con el flogisto, sagazmente discurrido por Stall para enlazar y coordinar los complejos fenómenos químicos de la calcinación y de la combustión.

Era preciso llegar al siglo XVIII, á esa admirable centuria de crítica eficaz y de reconstrucción silenciosa, para que pudiese asentarse en buen terreno una buena clasificación de las enfermedades. Naturalistas insignes, Linneo y los Jussieu, habían conseguido por primera vez, el uno con su *Sistema Plantarum*, los otros con su maravilloso método natural, realizar la empresa que Aristóteles, Plinio y Teofrasto hubieran tenido por imposible: formar un catálogo completo, un cuadro total con las formas vivas, ondulantes y diversificadas hasta el infinito. Buffon, el Sr. de Montbard, revistió con las galas incomparables de su estilo, y adornó con los rasgos galanos de su péñola de oro, el cuadro animado de la Naturaleza, describiendo sus tres reinos: el mineral, formado, según Linneo, por seres que crecen; el vegetal, constituido, según el mismo gran naturalista, por seres que crecen y viven; y el animal, compuesto, según el mismo incomparable sueco, por seres que crecen, viven y sienten.

Aquel maravilloso artificio lógico, encarnado en el método natural de clasificación, al tenor del cual se arreglan los seres en una escala graduada de conceptos de generalidad creciente y de complicación decreciente, produjo en el mundo sabio el más grande entusiasmo. y fué acogido con los más entusiastas aplausos. Los individuos se reunían, según grandes afinidades y semejanzas, para formar la especie; á su vez las especies se asociaban de la misma manera para constituir el género, y los géneros se reunían para formar la familia, y éstas para componer el orden, y los órdenes agrupados formaban la clase, y las clases congregadas

componían el ramo, y los seres vivos, repartidos y distribuidos con arreglo á esta escala, formaban el cuadro sinóptico más elocuente de las grandes leyes de su organización, de las líneas fundamentales de su forma, de sus grandes funciones y de todo lo que es más importante saber y retener en la memoria acerca de un ser cualquiera, y luego, una terminología admirable, una nomenclatura selecta permitía guardar, por decirlo así, en dos palabras como en una arca fuerte, toda la riqueza de conocimientos referentes á un ser dado.

La palabra compuesta *zea mays*, connota los caracteres del vasto grupo de los monocotiledoneos, de la inmensa familia de las gramíneas, del género *zea* y de la especie maíz, y estos caracteres se tomaban á los órganos todos del vegetal, á todas las épocas y fases de su vida, desde la raíz subterránea hasta la flor aérea, desde el embrión, que marca las primeras jornadas de su vida, hasta el grano, símbolo de la inmortalidad de la especie que, como precioso legado y rica herencia, transmite para lo futuro el individuo perecedero.

Los patólogos entusiasmados con tan brillante ejemplo, con tan espléndido triunfo alcanzado por la ciencia de los seres vivos en las floridas y fructíferas páginas de la botánica, creyeron llegado el momento de alcanzar un triunfo parecido en las dolientes y sombrías páginas del tétrico reino de las enfermedades. Entonces Sauvages, lleno de ardor y fe, elabora un cuadro completo de las especies morbosas, arreglado en géneros y familias, y queriendo que el cuadro fuera vasto, que fuera completo, prodigó las divisiones hasta alcanzar la cifra de 2,400 especies morbosas. En lo que quedaba del siglo XVIII, y siguiendo el impulso de Sauvages, aparecieron las clasificaciones de Vogel, Vitel, Macbride, Cullen.

El siglo XIX comenzó en el acmé de esta fiebre nosológica. El año de 1817 Alibert publicó en París su Nosología Natural, ó las enfermedades del cuerpo humano distribuidas por familias, el patólogo naturalista, partiendo de una lesión general que le servía de base para constituir una familia, dividía esta familia en géneros, según las variantes de la lesión, y subdividía estos géneros en especies, conforme á variantes más concretas del mismo padecimiento. Así según que la lesión residiese en el estó-

magó, en el intestiño, en perturbaciones urinarias, en afecciones de los vasos ó en padecimientos catarrales con flujo mucoso ó purulento, Alibert admitió las siguientes familias: gastrosis, enterosis, urosis, neumonosis, angiosis, blenosis. La familia de las gastrosis, ó padecimientos estomacales, era subdividida en géneros, según las variantes del apetito ó de la necesidad de ingerir líquidos; así la falta de sed formaba el género adipsia, la sed excesiva el género polidipsia, el apetito irregular constituía la disorexia, el apetito anómalo, en que se apetecen sustancias no alimenticias, caracterizaba la heterorexia, el apetito exagerado servía de base al género polyorexia. Este último era dividido en especies según las variantes, si se apetecía con exceso las sustancias vegetales era la especie bovina, si las sustancias animales se trataba de la poliporexia canina, y si éstas se comían con voracidad se tenía la polyorexia lupina ó hambre de lobo. De una manera semejante procedía Alibert con las demás familias y con los demás géneros, resultando un cuadro, más bien pintoresco, que natural y basado en semejanzas reales y efectivas.

Un año después que Alibert había publicado su gran cuadro nosológico, Pinel hacía imprimir su nosografía filosófica, ó método de análisis aplicado á la medicina. Pinel utilizó las luminosas huellas dejadas en la ciencia por un genio insigne, el eminente Bichat, que, introduciendo la noción de los tejidos, suministró un elemento poderoso de generalización y análisis, su grupo de las flegmasias se divide, conforme á las ideas de Bichat, en flegmasias cutáneas, de las mucosas, de las serosas, del tejido celular, de los parenquimas, de los tejidos muscular, fibroso y sinovial.

Pinel obró con laudable acierto al constituir ciertos grupos de enfermedades, demostrando sus grandes cualidades de observador, sus dotes no comunes de generalizador: el grupo de las fiebres está subdividido en fiebre inflamatoria, mucosa, biliosa, atáxica y adinámica, habiendo llegado á ser clásicas estas formas clínicas del movimiento febril, que si en verdad no forman especies morbosas, constituyen al menos síndromos clínicos. También merece elogios el notable patólogo por la sagacidad con que, en no pocas ocasiones, supo discernir el proceso morbo-

Por tanto, su clasificación, á pesar de notorios defectos y graves inconvenientes, ejerció profundo influjo en los patólogos y clínicos de la primera mitad del siglo. El mismo Grisolle, cuyo tratado de patología sirvió tantos años de texto en nuestra Escuela, conservó las líneas fundamentales de la clasificación de Pinel, como que era muy notable para coordinar los hechos y enlazar las ideas.

Después de Pinel y, conforme al nuevo giro que tomaron los estudios patológicos, basados, más que en la clínica, en la anatomía é histología patológicas, y más tarde en la bacteriología, las tentativas nosológicas han sido vistas con desdén, sin que hayan vuelto á merecer que un espíritu médico de primer orden les consagre sus meditaciones.

Todo esto está en perfecta armonía con la índole de los fenómenos. Antes de ver de cerca las cosas y estimulados por el admirable ejemplo dado por los botánicos primero, y en seguida por los zoólogos, que lograron arreglar en una clasificación admirable los seres vivientes, quisieron los patólogos hacer otro tanto en su ciencia favorita, imprimiéndole por este camino el sello de una gran mejora. Entonces se formularon con confianza, con entusiasmo, con fe y aun con genio, vastos programas de clasificación; mas confrontados con los hechos se vió que no resultaban adecuados.

Se juzgó entonces que lo incompleto del acierto provenía del atraso de los conocimientos, que estudiando más, que describiendo mejor, que comparando con más esmero se llegaría á la clasificación modelo, que fuera á las enfermedades lo que á los vegetales y animales la gran operación taxonómica basada en el método natural.

Tal fué el parecer dominante entre los patólogos durante los dos últimos tercios del siglo pasado, la operación fué aplazada, su ejecución quedó diferida, los autores se contentaban con hablar de la clasificación de Pinel, con retocarla más ó menos; pero esperaban días mejores para llegar á proponer la clasificación definitiva.

Nos permitimos creer, si puede atreverse á tanto un humilde obrero de la ciencia, que la soñada clasificación de las enfermedades, basada en el método natural nunca llegará á realizarse, y esto por la índole misma de los fenó-

menos, bastante conocida hoy para que los conceptos contemporáneos se tengan por definitivos.

Para probar este aserto nos bastará hacer ver la radical diferencia que desde el punto de vista del método, se advierte entre el ser vivo animal ó vegetal, y la asociación de perturbaciones funcionales y lesiones anatómicas denominada enfermedad.

El animal ó el vegetal son seres concretos é individuales, y como tales, perceptibles, visibles, tangibles y palpables; tienen cierta duración, muy considerable en algunos, durante la cual quedan al alcance de nuestra observación que puede estudiarlos por todos los medios de que dispone; provienen siempre de un ser semejante á ellos, y á su vez dan nacimiento á otros seres que también les son semejantes, constituyendo tal hecho el gran fenómeno de la reproducción, que no admite excepción alguna, y que así se advierte en los seres ínfimos como en los supremos, en los seres simplísimos, reducidos á una masa de protoplasma, como en los de complicada y laberíntica estructura de que es ejemplar el organismo humano.

Algo muy diverso es la enfermedad bajo el punto de vista taxonómico. Ya lo dijo un sabio con admirable precisión: la enfermedad no es un ser, es una modificación del ser; la enfermedad es una abstracción y no una individualidad concreta, perceptible y tangible. La enfermedad no nos es conocida directamente, como el animal y el vegetal, que se nos presentan delante, afectando todos nuestros sentidos; la enfermedad sólo nos es conocida de un modo indirecto por sus manifestaciones durante la vida que llevan el nombre de síntomas, y por las huellas que después de la muerte dejan en el organismo, y que constituyen sus lesiones anatómicas.

Los síntomas que constituyen la enfermedad se asocian muchas veces en cuadros definidos que el lenguaje contemporáneo llama síndromos, pero que no son la enfermedad misma, sino sólo su fisonomía, su reflejo exterior. Muchas veces ha sucedido que por mucho tiempo el síndrome se tomara por toda la enfermedad, así sucedió con la ataxia locomotriz y la parálisis labio-gloso-faríngea; así sucedió muchos siglos con la apoplejía, hasta que Durand-Fardel, Cruveilhier y otros, demostraron que no es

más que la manifestación exterior de una hemorragia circunscrita, ó de una isquemia localizada de la pulpa cerebral; así pasó también con la tisis pulmonar, hasta que los anatómicos y clínicos del primer tercio del siglo XIX revelaron su concomitante anatómico; así pasa todavía con la epilepsia, con la histeria, con la corea, y el vasto grupo de perturbaciones del sistema nervioso que llevan el vago nombre de neurosis.

El hecho de la reproducción de los seres vivos se realiza en ocasiones en el reino de la patología, en lo que se llama las enfermedades transmisibles, sobre todo en las que se propagan por inoculación. Estas enfermedades constituían la más fundada esperanza de los nosólogos, fueron denominadas específicas, porque poseían los dos caracteres fundamentales que, según los naturalistas, constituyen una especie, á saber: la semejanza de los casos y la posibilidad de la reproducción.

En la viruela, por ejemplo, como en una especie animal, á pesar de la variedad clínica puramente individual y personal, se pueden reconocer los caracteres específicos: la evolución, la fiebre típica, la erupción característica; en la viruela, como en un individuo viviente, un ejemplar cualquiera procede de un ejemplar semejante, y da nacimiento á otro también semejante.

Mas á pesar de tan evidentes analogías existen diferencias no menos reales: la reproducción es esencial en los seres vivos, constituye una faz necesaria é inevitable del ciclo de su vida; en las enfermedades la reproducción ó multiplicación de los casos, aunque frecuente sólo es accidental.

Por otra parte, si con el auxilio de la bacteriología queremos ilustrarnos sobre el mecanismo de la multiplicación de las enfermedades, veremos que difiere esencialmente del gran hecho de la reproducción, y que las semejanzas, por muy grandes que sean, son meramente exteriores y en realidad secundarias.

En la reproducción biológica, cualquiera que sea su mecanismo, se trata siempre de una partícula del organismo generador, que separada de él por diversos procedimientos es capaz de producir un ser semejante. En la multiplicación de las enfermedades no se observa esto, pues en las que están constituidas por una especie

microbiana, esta especie es la que se reproduce y pulula en organismos sanos, la enfermedad no puede sino multiplicarse, extenderse, diseminarse, sin que en realidad pueda decirse que se haya reproducido en el sentido en que afirmamos esto de un ser viviente, pues la enfermedad no tiene substancia, no tiene organismo, no tiene cuerpo.

Si admitimos con muchos que el papel patógeno de las bacterias no les es inherente, sino que reside en sus toxinas ó productos de secreción, la analogía se atenúa aún, pues no es la bacteria que se reproduce la que multiplica la enfermedad, sino la bacteria que segrega.

Hay otro punto puesto perfectamente en claro por la bacteriología, y que atenúa aún las semejanzas entre el hecho llamado transmisibilidad de las enfermedades en patología y el llamado reproducción en biología.

En este último caso, el germen animal ó vegetal susceptible de producir un nuevo ser, ó se esteriliza y nada produce, ó el ser procreado es siempre semejante al progenitor; mas esto no sucede sino en muy contados casos en las enfermedades de microbio, pues, por una parte, el mismo germen puede producir enfermedades muy diferentes, y la misma enfermedad puede provenir de muy distintos gérmenes; tratándose de lo primero, el estreptococo, por ejemplo, ocasiona ya la erisipela, ya falsas membranas, ya la endocarditis ulcerosa; el estafilococo dorado produce diviesos, la osteomielitis y la misma endocarditis ulcerosa; y en cuanto á lo segundo, las septicemias y las piohemias unas veces son imputables al estafilococo y otras al estreptococo.

Por tanto, sólo en el muy reducido grupo de enfermedades llamadas infecciosas específicas, un solo agente patógeno determina un cuadro clínico siempre el mismo. El carbón, la tuberculosis, el muermo, la difteria, el paludismo y algunas otras en muy corto número, pueden ser imputables siempre á determinado agente. Mas téngase en cuenta que la rabia, la sífilis, las fiebres eruptivas, nuestro tifo, son de agente patógeno desconocido.

En resumen, todo hace creer que las enfermedades no se prestan á esas clasificaciones metódicas y fundamentales, que son la gloria de la botánica y de la zoología. La clasificación en patología es más bien una división lógica,

más compleja que en otros casos, pero de índole esencialmente igual, muy útil para servir de base concreta á conceptos fecundos, para servir de apoyo á generalizaciones de importancia.

Así lo comprendieron instintivamente los patólogos durante los dos últimos tercios del siglo pasado; cuando les ha sido preciso presentar una clasificación de las enfermedades lo han hecho sin entusiasmo, sin confianza, de mala gana, como quien desenvuelve un tema que se ha impuesto. El mismo Roger, secretario de redacción de la obra monumental llamada "Tratado de Patología general," que se publica bajo la dirección de Bouchard, es un ejemplo de lo que acabamos de expresar: encargado de escribir la Introducción al estudio de esa importante ciencia, su programa le imponía la obligación de hablar de la clasificación de las enfermedades, presenta, pues, la suya y no por falsa modestia, sino con profunda convicción la juzga en los siguientes decisivos términos: "Es, pues, evidente que nuestra clasificación no es perfecta, y que se presta á muchas críticas; sólo hemos ensayado no apoyarnos exclusivamente en la etiología, la anatomía patológica ó los síntomas, y tener en cuenta el mayor número posible de caracteres. Pero por más que hagamos, las clasificaciones son siempre artificiales, y jamás representan otra cosa que tentativas provisionales."

PORFIRIO PARRA.

## CIRUGIA GENERAL.

### Modificaciones en la técnica de la raquicocainización y su aplicación á la cirugía ginecológica y abdominal.

Raquicocainizaciones practicadas en el Hospital Ginecológico "González Echeverría," de Julio de 1901 á Julio de 1903.

(CONCLUYE.)

Obs. XCI. Celsa Hernández, 36 años.—Fibromioma voluminoso móvil subperitoneal, implantado sobre el cuerno uterino izquierdo.

Se opera el 10 de junio de 1903 con anestesia cocainica, 3 centigramos.

Laparotomía. Se hace una incisión desde el pubis hasta el ombligo; eventración del tumor y

miomectomía, cortando el pedículo, que medía 6 centímetros de diámetro, entre dos incisiones curvas que lo circunscribieron y profundamente penetraron hasta la mucosa uterina sin interesarla. Sutura de la pérdida de substancia uterina con puntos Saenger con catgut grueso y surjete del peritoneo á la Lembert con catgut delgado; sutura de la pared del vientre por mi procedimiento.

Alta por curación el 28 de junio.

Obs. XCII. Refugio Ramírez, 44 años.—Fibromiomas múltiples submucosos y murales, pasando el ombligo.

Pierde sangre sin contenerse un día, desde hace seis meses; su palidez es notable; tiene albúmina en la orina; postrada en la cama, no tiene alientos para levantarse.

Operada el día 23 de junio de 1903 con cocaína (3 centigramos).

Laparotomía suprapúbica. Al implantar el tirabuzón sobre el fibromioma se nota la degeneración ósea; luxándolo al exterior se hace la ligadura de la útero-ovárica con el ligamento infundíbulo-pélvico correspondiente y prensión de la uterina al nivel del cuerno uterino del mismo lado; ligadura del ligamento redondo y presión de su cabo uterino; igual operación del lado opuesto; se vuelve sobre el lado izquierdo, se coge la uterina con todo y venas al nivel del istmo del cuello; se secciona el peritoneo vesical y la masa fibromatosa á este nivel y antes de extirpar el tumor se hace la sutura del cuello, su peritonización, así como la sutura del ligamento ancho izquierdo; se liga la uterina derecha y se extirpa el tumor y se sutura el ligamento ancho derecho; se cierra el vientre.

Dada de alta el 13 de este mismo mes por estar sana.

Obs. XCIII. Gumesinda Osorio.—Endometritis, retroposición uterina, pelviperitonitis plástica crónica y anexitis quística derecha.

Operada el 4 de junio de 1903 con cocaína (22 miligramos).

Dilatación y raspa uterina; celiotomía vaginal anterior, desprendimiento y luxación de la matriz y anexos; resección parcial del ovario izquierdo y total del derecho; salpingostomía, por estar cerradas las trompas; vesíco-fijación y colporrafia.

Alta por curación el 22 de junio de 1903.

Obs. XCIV. Alberta Domínguez, 36 años.—